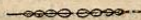


ceder ahora á aquel principio de proscricion, tan á pesar de su partido y delestrangero, y precisamente en los primeros dias de su nuevo reinado, amenguaba tambien su popularidad de rey pacificador y de mediador á los ojos de la revolucion. Su carácter habíase doblegado por dos veces en el trascurso de unas cuantas semanas, poniendo de manifiesto para muchos partidos el secreto de su debilidad. Los realistas y los liberales iban á ir conduciéndolo sucesivamente mucho mas allá de donde él queria ir, por no haber sabido designar con la energía y resolucion que debiera el limite hasta donde le convenia sostener su carácter y su reinado, la dignidad de su raza, la imparcialidad de su inteligencia y el soberano arbitraje de su corazon entre los partidos. Una restauracion no puede ser otra cosa que una amnistia: el perdon no es solamente su virtud sino su ley.



LIBRO TREINTA Y UNO.

Murat.—Su fuga de Nápoles.—Su llegada á la isla de Ischia.—Su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.—Su salida para Francia.—Desembarca en Cannes.—Ofrece sus servicios al emperador.—Este los rehusa.—Terror en el Mediodía.—Murat abandona los alrededores de Tolon y se oculta.—Reclama un asilo á Luis XVIII.—Se le concede en Austria.—Tentativas de fuga.—Esta fracasa.—Aventuras.—Su retirada.—Sus peligros.—Se embarca para Córcega.—Peligros de la travesía.—Incidentes.—Es recogido en el mar.—Su llegada á Córcega.—Se retira á la montaña.—Situacion politica de la Córcega.—Murat recibe una intimacion del gobernador de la isla para que se presente ante él.—Lo rehusa.—El gobernador envia tropas con encargo de apoderarse de su persona y no lo consiguen.—Proyectos de Murat.—Sale para su expedicion con direccion á Nápoles.—Su marcha á Ajaccio.—Su entrada en aquella poblacion.—Llegada de Macerone.—Le remite el pasaporte del Austria.—Carta de Murat.—Su salida para Nápoles.—Travesía.—Desercion de sus buques.—Incidentes.—Desembarca en el puerto de Pizzo.—Intenta sublevar la poblacion.—Su arresto.—Sus ultimos momentos.—Su sentencia.—Su muerte.—Juicio acerca de su vida.

I.

Pero antes de pasar á referir los pormenores de aquellas proscripciones, de aquellos asesinatos, de aquellas sentencias, de aquellos suplicios que iban á ser la consternacion del segundo regreso del rey, páginas siniestras que los amigos de la restauracion quisieran de buena gana poder arrancar de su historia, nos proponemos hablar de uno de sus mas ilustres proscritos, á quien el aconteci-

miento de los Cien Dias condujo á su ruina, y cuya fuga, asi como su tentativa y su muerte, sirvieron de inauguración á aquel período de vicisitudes, de venganzas y de sangre. Aludimos á Murat. Su vida como la de Napoleón, no había concluido con la primera caída de su trono y con el abandono de su reino á los Borbones de Nápoles. Parecía que era el destino de aquel satélite de Napoleón, elevarse con él, caer al propio tiempo que él, volver á elevarse á un tiempo mismo, y hacer despues que él la heroica parodia de un segundo reinado, mas no para volver como aquel desde alli al ostracismo, sino para ir á parar á la tumba.

II.

Nosotros le dejamos en los precedentes volúmenes de esta historia, vencido, abatido, arrancándose durante la noche de los brazos de su esposa, hermana de Napoleón, y de los de sus hijos que iban á emprender su fuga en un buque inglés, huyendo él mismo de su palacio acompañado solamente de dos fieles compañeros de infortunio, habiendo tenido que adoptar un disfraz, y buscar una barca de pescador en las costas ya invadidas de su propio reino, embarcándose á favor de las tinieblas de la noche en el cabo Miseno y dirigiendo su rumbo hácia la pequeña isla de Ischia, en donde á la sazón existia aun nominalmente su autoridad, si bien habia sido ya desarbolada su bandera.

A su llegada á la isla se cortó sus largos cabellos, por los cuales era conocido entre los hombres de su reino y de su campo, no queriendo descubrirse como quien era por el temor de que los habitantes de la isla no le entregasen á los austriacos, que habian entrado ya en Nápoles, ó á los Borbones, que estaban á punto de llegar,

para hacerse acreedores al premio señalado á la traicion, al entregar su cabeza á los enemigos. Unos cuantos de sus oficiales que mandaban en los fuertes de la isla fueron solo los que tuvieron noticia de su permanencia en ella, mientras él aguardaba á la ventura un medio para emprender su fuga con direccion á Francia.

Al dia siguiente por la mañana, paseando Murat con sus dos compañeros de infortunio por la desierta playa de la isla, entre la ciudad de Ischia y las paredes del jardin de uno de sus antiguos palacios de recreo, distinguió una falua que navegaba sin objeto entre el puerto y la playa, y que parecia, á juzgar por sus maniobras, no tener otro fin que hacerse notar y aguardar pasajeros para dar un paseo por la mar. Murat quiso figurarse que aquella embarcacion, flotada por algunos amigos desconocidos, era quizá un socorro inesperado que le enviaba su fortuna. Hizole algunas señas que al instante fueron comprendidas por los oficiales que llevaba á su bordo, aproximándose en seguida el navío á la playa y enviando á tierra su lancha. Murat se precipitó al punto en ella con sus dos amigos, y á los pocos instantes ponía el pie en el puente de la falua recibiendo en sus brazos su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.

El duque de Rocca-Romana, á quien llamaban el Bayardo del ejército de Nápoles, tenia en su fisonomía y en su exterior de paladin, ese temple de carácter antiguo y obstinado para la amistad, que rara vez se encuentra en Italia, tan trabajada por su larga servidumbre, pero que en las almas donde se encuentra, ya sean nobles ó plebeyas, iguala á todo lo que la antigüedad ó la caballeria tenían de heroico y de sobrehumano. Tal era Rocca-Romana, digno por su rango de la corte de los Borbones, digno tambien por su valor á toda prueba de pelear al lado de Murat, y no menos digno por la fidelidad en el infortunio de su antiguo general de la estimacion de ambos partidos.

III.

El duque de Rocca-Romana, al saber por sus confidentes del campo y de palacio, que Murat había tomado la dirección del cabo Miseno, conjeturó que el rey debía haberse refugiado en la isla de Ischia. Apresuróse entonces, de acuerdo con la duquesa de Conegliano, sobrina de Murat, á embarcarse en una falua calabresa perteneciente á uno de los arrendatarios de sus bienes, que se hallaba en aquellos momentos en el puerto de Nápoles, y se hizo á la vela para la isla á fin de buscar á la ventura á su señor, reconociéndole y salvándole á su bordo. Murat, Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, el marqués Guiliiano, y algunos otros servidores del rey emprendieron su rumbo hácia Tolon. El rey esperaba que Napoleon, todavía en Paris, le concedería su perdón, le permitiría volver á su lado, pelear como jefe ó como soldado en su caballería, y vindicar de este modo con su sangre sus ambiciosas infidelidades. Alentado con esta vaga esperanza, pero sin atreverse á adelantar hasta Paris sin el perdón que acababa de impetrar, desembarcó en Cannes, en la misma playa en que lo hizo Napoleon el 28 de mayo, como si hubiera querido ir poniendo sus plantas sobre las mismas huellas que dejó su cuñado. En seguida se alojó en los alrededores de Tolon, en una casa de campo del almirante Lallemand, llamada *Plaisance*, con el objeto de aguardar allí, guardando siempre el incógnito.

Desde allí escribió á Fouché, ministro de la Policía, que había sido largo tiempo su huésped en Nápoles, y el confidente de todas sus cuestiones de familia y de política con el emperador. No pudo ciertamente elegir un negociador mas poderoso, y Fouché se prestó en efecto

con su natural cortesanía, á servir de intermediario y de agente para la reconciliación de los dos cuñados. Aquel ministro quería á Murat y le creía útil al prestigio del ejército; mas á la primer palabra que él habló sobre este particular al emperador, éste con semblante sombrío y arrojando á Fouché una mirada que parecia querer decirle que la estancia de Murat en Tolon, que aparentaba ignorar, era ya de por sí una grande indulgencia, le contestó estas palabras: «¿Qué tratado de paz de que yo no tengo la menor noticia, se ha concluido por ventura entre el rey de Nápoles y la Francia?» Fouché no se atrevió á insistir sobre un sentimiento que podia muy bien trocarse en amenaza, y se limitó á informar á Murat de lo mal dispuesto que se encontraba su cuñado en favor suyo, aconsejándole que aguardase en la oscuridad á que la victoria trajese consigo la generosidad, ó á que los reveses de la suerte hiciesen resucitar la amistad en el corazón de Napoleon. Murat obedeció indignado de impaciencia y lleno su corazón de remordimientos y de dolor aumentados por la soledad y por la ociosidad en que le constituía su retiro.

IV.

Murat no despertó de aquel letargo sino al ruido que causó la catástrofe de Waterloo, la abdicación y la fuga del emperador y el regreso de los Borbones, sus enemigos en Paris, á causa de los recuerdos, bien injustos por lo que á él hacia, de la ejecución del duque de Enghien; sus enemigos tambien en Nápoles, á causa de la comunidad de sangre y de intereses. Las sublevaciones realistas de Marsella, los asesinatos del general Ramel en Tolsa, del general Lagarde en Nimes, del mariscal Brune en Avignon; el terror que no había hecho mas que cambiar

de bandera en el Mediodía y que se cebaba hasta en Tolon en todo aquello que por la sangre, por sus funciones ó por sus opiniones tenia algo que ver con Bonaparte, le obligaron á abandonar la casa del almirante Lallemand, pues que la policía del marqués de Riviere, comisario del rey en el Mediodía, no ignoraba su permanencia en ella.

Marchó, pues, á ocultarse en un retiro ignorado de todo el mundo, escepto de algunos oficiales de marina sabedores de su infortunio, y fieles á su secreto. Una vez guarecido allí, se acogió á la generosidad de los Borbones, que habian entrado ya en París, á fin de obtener de ellos un asilo seguro en Francia. Dirigió, pues, al rey una tierna y respetuosa carta, y otra á Fouché, único que sobrevivía en el poder despues de la ruina de los imperiales. La carta que escribía Murat tenia por data: «Desde el fondo de mi tenebroso retiro, el 22 de agosto de 1815.»

Faltábale con efecto la luz del dia en su retiro al desgraciado rey de Nápoles; allí no se respiraba siquiera, y solo se veía el cielo durante la noche. En su carta le decía á Fouché, que no atreviéndose á atravesar el Mediodía, salpicado aun como estaba con la sangre de Brune, para ir á arrojarle á los pies del rey, habia decidido embarcarse en el Havre en un buque mercante fletado por sus amigos de Tolon, y que de allí pasaria á París con mas seguridad de su vida. Al mismo tiempo encargó á uno de sus antiguos ayudantes de campo, al coronel Macerone, que habia sido tambien agente secreto de Fouché en París, que tratase de obtener para él de las potencias estrangeras un salvoconducto y algunas garantías, señalándole un asilo y una situacion en cualquier estado del continente.

Mientras tenia lugar esta lenta correspondencia, mas lenta todavía á causa del interés que tenia Murat en ocultar á Fouché y aun al mismo Macerone el lugar de su re-

tiro, los sucesos se sucedian unos á otros, y el terror que espiaba desde Tolon su asilo, obligó otra vez á Murat á tomar y á desechar otras varias resoluciones.

V.

A todo esto, Fouché, Mr. de Talleyrand, lord Wellington y Mr. de Metternich, accediendo sin gran violencia á la solicitud de Murat y á sus deseos manifestados por su ayudante de campo Macerone y por el marqués Giuliano, otro tambien de sus compañeros de fuga, enviado tambien por Murat á París, entregaban á Macerone cartas y pasaportes del plenipotenciario austriaco en París, Mr. de Metternich, por las cuales se autorizaba al exrey de Nápoles para reunirse á su familia en Trieste, y para residir con toda seguridad en los estados del emperador de Austria.

Mas ya entonces la suerte y las ideas de Murat habian cambiado enteramente por una de esas funestas casualidades que vienen á echar por tierra los mas bien combinados planes, lanzando á los proscritos en una ansiedad mil veces peor que la que esperimentaban antes de tener lugar sus tentativas de evasion.

Murat debió contar siempre con la indulgencia y con la secreta conciencia del marqués de Riviere, gobernador de Tolon, pues que en la época en que aquel, proscrito tambien á su vez, volvió de nuevo á su patria furtivamente á conspirar contra Napoleon, habia sido juzgado y condenado á muerte como cómplice en las conspiraciones de Polignac, de Pichegrú y de Moreau, debiendo entonces su perdon y la vida á la generosa intervencion de Murat con el primer cónsul. Presentábase, pues, á Mr. Riviere una excelente ocasion de volver generosidad por generosidad, salvacion por salvacion, á un fugitivo que

por las vicisitudes de la suerte había venido á caer en su poder. El marqués de Riviere, hombre experimentado ya en materias de proscriciones, era muy á propósito, segun afirman, por los sentimientos de su corazón para haber tomado sobre si la proteccion de su antiguo intercesor, arrojando, si era preciso, la cólera de los realistas. Pero, ya fuese que la escesiva prudencia de Murat impidiese que las buenas disposiciones del gobernador del Mediodia pudieran penetrar hasta su escondrijo, ó bien que el celo y eficacia de los agentes secundarios ó voluntarios de la policia fuesen mas allá de lo mandado por Mr. de Riviere, ello es que las continuas alarmas que sufrieron Murat y sus amigos á causa de los medios que se empleaban para perseguirlos, les pusieron en el caso de estar mudando de asilo continuamente. Cansado ya de aquel continuo terror de que se veía asaltado en todas partes, y que no le ofrecia seguridad en ningun punto de Francia, Murat se vió obligado á renunciar á trasladarse al Havre y á Paris resolviendo pasar á Córcega, en cuya isla, aun no del todo sometida al nuevo gobierno de los Borbones, en donde no existian tropas francesas, y que se habia sostenido en una especie de expectativa ó neutralidad en medio de los acontecimientos, existian varios parientes, partidarios y clientes de la familia de Bonaparte, ofreciendo ademas por los diversos accidentes del terreno, y por la sagrada hospitalidad de sus habitantes, mil recursos para una fuga ó retiro inaccesible y de gran seguridad para un proscrito.

Por la mediacion del marqués Guiliano, de Macerone, del conde de Mosbourg y de una dama de Paris, á quien habia amado antes de subir al trono, y que aun conservaba recuerdos de su amor, habia recibido de Paris ropas de toda clase, alhajas, armas y una suma de 200,000 francos para que pudiese arreglar sus planes de evasion. Encargó al duque de Rocca-Romana, al coronel Bonafoux, y al marqués Giuliano, sus ayudantes de cam-

po, que serian menos molestados en Tolon, y menos sospechosos á titulo de estraños á nuestras discordias civiles, que tomasen una embarcacion ligera para hacer la travesia desde la costa de Francia á la isla de Córcega. Aquellos fieles amigos, ayudados de los oficiales de la marina francesa de quien ya hemos hablado, consiguieron sin gran trabajo, y en un corto número de dias, arreglar con el mayor sigilo todos los preparativos necesarios. El dinero, los equipages, las armas, los criados, y hasta los trages del rey, quedaron ya embarcados á bordo de la embarcacion que se habia tomado á flete. No faltaba ya nada mas que el mismo Murat.

VI.

La vigilancia que ejercia la policia en las puertas de Tolon ó en el puerto de aquella ciudad, y las sanguinarias amenazas de que era objeto su cabeza como cómplice presunto del 20 de marzo, no le permitian embarcarse en el mismo puerto y al propio tiempo que sus oficiales y su gente. La mano de un sicario ó un movimiento del pueblo pudiera bien apoderarse de él precisamente en el momento de dar su último paso en las playas de su patria. Así es, que se convino en que el buque se daria á la vela sin él, que permaneceria cierto tiempo bordeando por la rada á cierta distancia de Tolon, y que aproximándose á tierra en un punto que acordarian y en el cual estaria ya el rey por la noche, el capitán enviaria una lancha á la playa donde podria embarcarse el proscrito protegido por la soledad y por las tinieblas.

Habiéndose fijado para la partida el dia 2 de agosto, todo lo demas que tenia relacion con ella, quedó arreglado como se habia convenido de antemano. El duque de Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, dos criados y los

equipages del rey, salieron del puerto sin despertar la menor sospecha, y el buque que los conducía se mantuvo cruzando lentamente durante todo el día por la rada. Echaron la lancha al agua dirigiéndose al punto convenido de la playa, y los marinos que la conducían buscaron por espacio de largo tiempo á Murat y al marqués Giuliano.

Mas en vano aguardaron y trataron de buscarle por todas partes. Un grupo de soldados y de agentes de policía, que andaban recorriendo la campaña por las inmediaciones del asilo del rey, habíale impedido salir de él á la hora fijada para la cita que habia dado á sus amigos. La lancha volvió, pues, á incorporarse á la embarcacion, y los amigos y servidores de Murat consternados, pusieronse á deliberar en medio de la mayor zozobra acerca de lo que deberian hacer para reparar tan funesto contratiempo: unos creían que su desgraciado señor se habria equivocado de playa y que estaria aguardándolos en algun otro punto mas próximo ó mas lejano de Tolon, otros que habria equivocado la hora ó el día, y que vendria á aparecer en la costa precisamente cuando el buque la hubie-
ra abandonado ya; estos proponían que debia bajarse á tierra y ocuparse durante la noche en buscarle y en llamarle de roca en roca; aquellos, que se cruzase con la embarcacion á cierta distancia de la playa aun á riesgo de ser presa de los guardacostas, hasta que lograsen distinguir al rey y pudiesen enviarle de nuevo la lancha al punto donde se hallase. Adoptaron, pues, este último partido como el mas prudente de todos, y pusieronse á bordear frente por frente de la costa. Mas habiendo llamado la atención aquella maniobra á la misma patrulla realista que andaba recorriendo la campaña por cerca del retiro del rey, llamaron al buque con la bocina, subieron á bordo con sable en mano lanzando las mas atroces imprecaciones contra los bonapartistas y contra el rey de Nápoles, y declararon que si hubiesen llegado á encon-

trarle allí, habrían sabido vengar en él sus crímenes sin juicio alguno arrojándole despues al mar. Intimáronle además al capitán, so pena de apoderarse del buque, que se alejase al punto de la costa, y que continuase su rumbo hácia alta mar á fin de evitar toda sospecha de que trataba de embarcar á algunos proscritos. El duque de Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, los criados del rey y sus equipages ocultos mientras tuvo lugar aquella visita en la sentina, y guarecidos detrás de varios fardos de mercancías destinados al parecer para Córcega, habian escapado afortunadamente de manos de los sicarios.

VII.

El buque, viéndose obligado á obedecer so pena de infundir nuevas sospechas que inevitablemente debían ser funestas para el rey, hizo como que emprendía su marcha apenas marcharon los soldados; pero á poco, moderando de nuevo su rumbo para dar lugar á Murat de salir en su busca, recogió velas y se estacionó á cierta distancia de la costa durante las largas horas de la noche. Rocca-Romana queria mejor darse la muerte que emprender él solo la fuga sin el amigo á quien habia venido á salvar. Las embarcaciones armadas que guarnecían la costa y que no cesaban de observar al buque, le impidieron que ganase de nuevo la playa, y que se acercase mas á la tierra.

Mientras esto acontecia en el mar, las patrullas que vigilaban por las inmediaciones del retiro de Murat, habian desaparecido, y el rey salió como á la media noche y se deslizó, sin ser visto de nadie, hasta el punto de la playa donde el buque debia aguardar para embarcarlo. Como no podia dudar de la exactitud de sus compañeros de armas en hallarse allí y de que no les faltaria pacien-

cia para esperarle, iba ya saboreando de antemano ese sentimiento de seguridad anticipada de que iba al fin á gozar en la Córcega, despues de la opresion y del terror en que vivia hacia tres meses.

¡Vana ilusion de proscrito, convertido en juguete de la suerte asi en sus goces como en sus temores! La playa estaba desierta, y ni un solo buque se distinguia en la mar. El rey al pronto creyó que habria olvidado ó quizá adelantado la hora de la cita; asi es que no se cansaba de esperar que aun apareciese la embarcacion á cada ola que venia á estrellarse contra sus pies. Mas creciendo sus temores conforme iba trascurriendo la noche y que iban apareciendo y desapareciendo las estrellas por encima de las montañas de la rada, subíase de una en otra roca, á fin de poder distinguir desde mayor elevacion una vasta estension de mar. A veces la espuma parecia una vela, haciéndole incesantemente recobrar la esperanza con esa obstinacion propia del hombre, que en cesando de esperar, cesa tambien de vivir.

Por último, los primeros albores del crepúsculo de la mañana difundieron una claridad mas pronunciada que la de la luna sobre las olas. Entonces fué cuando reconoció su buque por los detalles que de él le habian dado sus amigos y por las señales convenidas entre ellos en Tolon, mas ya no le vió sino para convencerse de la absoluta imposibilidad en que se hallaba de alcanzarle. No habia una sola lancha en toda la playa, y el buque, observado sin cesar por los barcos guardacostas, surcaba á toda vela en alta mar.

Viendo que su última esperanza y sus amigos se alejaban de él en aquel buque, cayó por un momento como anonadado sobre la roca de un escollo, llamando á sus amigos ó á la muerte.

VIII.

Pero Murat no era de ese temple de hombres que se doblega por largo tiempo bajo el peso de las circunstancias por mas desesperadas que estas sean. Acostumbrado en fuerza de los azares de su juventud, de las luchas sostenidas con el destino y de los peligros sufridos ó evitados en el campo de batalla, á toda clase de estremidades de la fortuna; aquel hombre, como todos los grandes corazones, no se dejaba vencer por ellas sino despues de apurados cuantos recursos le sugería su presencia de ánimo y la energia que le prestaba su valor para sobrepujarlos. Auxiliado de la flexibilidad y de la fortaleza de su alma, sabia dominar, aun en los mas apurados trances de la suerte, el desfallecimiento de su espiritu, y hasta la palidez de su rostro, y su fisonomía conservaba siempre inalterable la sonrisa y la serenidad de su valor.

Al cabo de algunos minutos dedicados aun á aguardar en vano la llegada cada vez mas imposible de su buque, se levantó y penetró por entre los olivares que pueblan toda la rada, nosabiendo á donde dirigir sus pasos, ni pudiendo tampoco permanecer inmóvil por mas tiempo.

El dia iba, pues, á contribuir á descubrirle á los ojos de los que le habian buscado durante la noche, y la certeza que tenia de que su asilo de la vispera estaria ya cercado y descubierto, no le permitia volver á él, so pena de caer en manos de sus verdugos. Bajo cada techo que él apercibia en el campo, temia encontrar un delator ó un enemigo. Marchaba á la ventura, evitando la proximidad de los castillos y poblaciones, alejándose de la orilla del mar, no siguiendo otras sendas que aquellas que por su instinto conocia ser las mas abandonadas y desiertas,

sintiéndose mil veces decidido á llamar á la puerta de la primera casa aislada que se le presentase, y retrayéndose mil veces por el temor de encontrarse con un traidor.

De este modo anduvo errante por espacio de cuatro días y otras tantas noches sin tomar mas alimento que algunos granos de maiz que deshacia entre sus dientes para sostener sus fuerzas y sin tener mas para cubrirse durante la noche y librarse de la intemperie que las ramas de olivos con que al efecto se cubria. No se atrevia, sin embargo, todavía á separarse mucho de las orillas de la playa, y de noche se aproximaba á ellas lo bastante alimentando aun la vaga esperanza de que sus amigos, una vez libres de la observacion de los guardacostas, volverian á desembarcar en los alrededores del punto convenido y lograrian descubrirle y conducirle á la embarcacion.

IX.

Mas ninguna de sus ilusiones llegó á realizarse. El cuarto dia á eso de medio dia, obligado ya por el hambre y por el desfallecimiento, se decidió á llamar á todo trance á la puerta de la primer vivienda aislada que se ofreciese á su vista y á impetrar la hospitalidad ó la muerte de la generosidad ó de la traicion de sus habitantes. Lisonjeábase ademas de que no seria conocido y que podría sondear los sentimientos y opiniones de sus huéspedes antes de darse á conocer ó de apartarse de nuevo de sus umbrales.

Su fortuna le condujo á una casa de campo pobre y rústica, separada de otras varias que se veian esparcidas por aquellas colinas y perteneciente á un antiguo militar retirado del servicio que se ocupaba en cultivar la pe-

queña herencia de sus padres. Una criada de alguna edad, que hacia las veces de ama de gobierno, era la única persona que en compañía de su dueño habitaba aquella casa, hallándose este último ausente en el momento de la llegada de Murat. Este llamó á la puerta con timidez. La vieja abrió, y al ver un hombre de dulce y noble aspecto, con un traje medio militar medio civil, pero decente y hasta rico, discurrió que seria algun amigo y compañero de armas de su amo y le hizo entrar con toda confianza en la casa. El rey la dijo que era un oficial de la guarnicion de Tolon, nuevo en el país, y que habiéndose extraviado al dar un largo paseo á través de aquellos campos desconocidos para él, se habia visto acometido del hambre y del cansancio y habia pensado que en aquella casa serian bastante hospitalarios para concederle un poco de reposo y algo que comer. La gracia y la nobleza de la figura del rey, la finura de sus maneras y la franca bondad de su acento convencieron é interesaron á la sirvienta.

Brindóle al rey con un asiento en el banco de la mesa del hogar, y púsose en seguida á atizar la lumbre y á prepararle unos huevos para comer. Al mismo tiempo que se ocupaba en estos pormenores, dirigia la palabra al extranjero con esa familiaridad doméstica del Mediodía que estrecha mas que en lo interior de la Francia la distancia que media entre los servidores y los huéspedes. Le pidió mil perdones por lo frugal de los manjares que iba á servirle, diciéndole al mismo tiempo que si su amo hubiera tenido noticia de su llegada, le hubiera recibido con una mesa mucho mejor servida. Al escuchar el rey el nombre de amo pronunciado por la criada, no pudo menos de estremecerse, mas, ocultando aquella impresion bajo una fingida indiferencia, la preguntó negligentemente quien era su amo y si se hallaba ausente por mucho tiempo de su casa, á lo que le respondió que habia salido solo con objeto de recorrer sus olivares y que

no podía tardar mucho en volver. Iba el rey á continuar en sus preguntas cuando el amo regresó de su paseo, y viendo un desconocido de noble apariencia en su casa, que había tomado asiento y se hallaba comiendo en su propia mesa, le saludó con una cordial hospitalidad, y sentándose frente á frente de su huésped, le dió á entender que él traía también apetito, y en el acto dió orden á su criada de que le trajese otro plato de huevos de sus gallinas y otra botella de vino. El rey, por su parte, desfallecido por su prolongado ayuno en los bosques, había ya devorado el pan y los manjares todos que habían sido colocados sobre la mesa antes de la llegada del amo de la casa.

X

Apenas los dos convidados habíanse sentado uno frente del otro en la misma mesa cuando el amo de la casa, mirando más de cerca y al resplandor de los rayos del sol á su huésped, que estaba delante de él, reconoció al rey de Nápoles en la perfecta semejanza de su efigie en las monedas del gran ducado de Berg y del reino de las Dos Sicilias; se turbó al punto, y levantándose sobresaltado de su banco y dando á entender con su mirada y ademanes todo el respeto de que se hallaba poseído á la vista de tanta grandeza y de tan gran humillación, le pidió perdón por la involuntaria familiaridad que acababa de usar con tan augusto como inesperado huésped. Apresuróse á darle las mayores seguridades acerca de su discreción, asegurándole al mismo tiempo que arriesgaría mil veces su vida, si era preciso, antes que hacerle traición, y que su casa, su fortuna toda y su persona estaban sin reserva alguna á su servicio.

Al escuchar aquella repentina exclamación de su amo

y las vivas demostraciones de respeto y de decisión que tributaba al forastero, la vieja que estaba ocupada en su fogón, volvióse toda sorprendida, comprendió que el huésped que ella misma acababa de recibir era nada menos que un rey y dejando caer en la ceniza, en fuerza de la emoción, el plato que estaba preparando para su amo, se precipitó temblando á los pies de Murat desahuciándose en excusas y en exclamaciones de ternura hácia él.

XI.

Murat dió gracias á la Providencia por haberle dirigido tan bien cuando andaba errante y perdido y pasó algunos días tranquilo, dichoso y oscurecido bajo aquel techo bienhechor y hospitalario. Mas como el amo de la casa fuese uno de los militares sospechosos á la sazón por sus recuerdos y predilecciones imperialistas, y sobre los cuales la policía de Tolon tenía sin cesar los ojos fijos, no creyó prudente prolongar por más tiempo su permanencia que el absolutamente necesario para procurarse uno más seguro. En fuerza de las gestiones de su huésped y de los oficiales de marina sus amigos, á quienes hizo informar de sus aventuras, logró encontrar para refugiarse una casa de campo de Tolon que pertenecía á un capitán denavío y que á la sazón se hallaba deshabitada.

Una muger fiel, vigilante y de toda confianza, fué la única á quien se impuso en el misterio y la que se dedicó al servicio del rey en aquella casa que todo el mundo creía desierta. Los dos oficiales de marina de Tolon, únicos depositarios de aquel secreto, velaban desde lejos acerca de su seguridad y le llevaban de cuando en cuando

do y durante la noche, algunas provisiones y la esperanza de mejor fortuna.

Pero habiéndose hecho correr el rumor entre los ejecutores de las venganzas populares en el Mediodía, de que el rey de Nápoles se hallaba oculto en las inmediaciones de Tolon y que tenia consigo grandes tesoros y alhajas imaginarias que serian la recompensa de los que consiguiesen descubrirle, esto vino á aumentar el afan y la solicitud de las investigaciones que se hacian en derredor suyo. La muger que le servia no tenia una sola hora de tranquilidad, pues estaba dedicada á velar durante la noche y mientras el rey dormia para espiar los pasos de las patrullas que recorrían la campaña y para hacer evadirse á su huésped en el caso de que los visitantes armados llegasen á aproximarse á la casa.

XII.

A pesar de todas aquellas precauciones y discretiones de los amigos de Murat, el mismo silencio y el misterio que se observaba en todo vinieron á descubrir al proscrito. En la noche del 13 de agosto una cuadrilla de sesenta voluntarios realistas, mandada y dirigida por uno de los gefes mas empeñados en verificar la captura del rey, rodeó la casa de campo en que aquel se hallaba refugiado. Desde las ventanas de la habitacion que caian sobre un montecillo, se distinguia á gran distancia y durante el dia, á todo el que se aproximaba, teniendo por este medio el tiempo necesario para sustraerse á las pesquisas; mas á favor de las sombras de la noche y del silencio impuesto á la tropa, podian muy bien los perseguidores rodear y sorprender á su victima sin darle siquiera lugar á sospechar semejante cosa ni mucho menos el tiempo necesario para huir. Por fortuna una linterna

llevada por uno de los guias de aquella partida para alumbrarles en su tránsito por un camino muy desigual y tortuoso, vino á revelar á la guardiana de Murat la aproximacion de una patrulla que desde lejos se dirigia á la casa, y despertando al punto al rey que dormia vestido y con las armas al lado de la cama, le avisó del peligro que corria.

Lanzóse éste de su lecho, se embozó en la capa, se armó con su puñal y sus pistolas, y saliendo sin meter el menor ruido por una puerta trasera, se ocultó en unas viñas que habia á diez pasos de la casa, cubriéndose tras de los haces de sarmientos que habian dejado los vendimiadores en el campo. La vieja que le servia cerró cuidadosamente la puerta de la casa despues de la evasion de Murat, ocultó todo aquello que pudiera revelar la presencia de un estraño en las habitaciones, y aparentando haberse despertado y estarse vistiendo lentamente cuando sonaron los golpes de los visitantes á la puerta, tardó en salir á abrirles todo el tiempo suficiente para que el rey pudiese alejarse y esconderse.

Mientras que los voluntarios registraban con mal encubierta cólera, todas las habitaciones, las cuevas, los graneros, los sitios mas recónditos de la casa, otros de ellos recorrían los patios, el jardín y hasta las viñas mas próximas á la granja. Mas de una vez pasaron con la linterna en la mano y sus sables desenvainados, á pocos pasos de los haces de sarmientos que ocultaban al proscrito, y el rey les oyó deshacerse en imprecaciones contra él sin perder por eso las esperanzas de descubrirle á fin de inmolarle á su furor y repartirse despues sus despojos. Mientras que tenian lugar aquellas conversaciones entre sus perseguidores que ponian la muerte á dos pasos de él, Murat tenia empuñado su puñal y una de sus pistolas, y estaba decidido, segun él mismo ha referido despues, á matar á los primeros que se le pusieran delante y á reservar el tiro de la otra pistola para sí á fin de no entre-

gar mas que un cadáver á la ferocidad de sus verdugos.

Aquella pesquisa misteriosa, verificada sin fruto alguno en la misma casa que habitaba, vino á hacerla mas y mas segura, por cuya razon no trató por entonces de buscar ninguna otra. Pero su cabeza acababa de ser puesta á precio en Marsella, prometiéndole mil luises al que le entregase muerto ó vivo á los inquisidores del partido de los Borbones. El suelo de la Francia debia, pues, tarde ó temprano abrirse bajo sus pasos, y he aqui por qué razon volvió á surgir en su mente el pensamiento de refugiarse en Córcega.

XIII.

Aquellos tres jóvenes oficiales de marina que no habian cesado de dedicarse secretamente á su servicio y que estaban dispuestos á correr con él los azares de su suerte, Mrs. Donnadiou, Blancard y Langlade, le prepararon un nuevo medio de fugarse. Una barca pescadora, en la cual se embarcaron ellos mismos, aguardó al rey en una noche sombría y con mar de leva, en otro punto diferente de la rada, y habiendo esta vez logrado dar con la barca y entrar en ella, favorecido por la seguridad que ofrecian los guardacostas que creian la playa suficientemente guardada aquella noche á causa de la tormenta, se entregó á merced de las olas y de los vientos, quizá menos crueles y embravecidos que lo estaban los partidos políticos.

La barca, que solo podia contener cuatro pasajeros, gobernada como iba por brazos intrépidos, consiguió salir de la rada dirigiendo su rumbo á eso de amanecer, hácia la isla de Córcega. Pero la tempestad que en alta mar envolvía á la débil embarcacion en olas mucho mas desmesuradas que en la resguardada rada de Tolon, el

fuerte viento que habia hecho pedazos la vela y roto la verga, el agua que penetraba en la barca á cada empuje de las olas, todo esto amenazaba al rey y á sus amigos que temian ver abierta su tumba á cada paso. En esto distinguieron un buque de cubierta que hacia rumbo hácia la costa de Francia, al cual trataron de aproximarse para rogar á la tripulacion que los recibiese á su bordo y los condujese á Córcega, ofreciendo por ello al capitan una parte de las sumas que el rey llevaba consigo. Mas así el capitan como la tripulacion, sordos á las súplicas de los pasajeros, dirigieron su manioobra sin inspirarles lástima alguna y aun á riesgo de echar á pique la barca con su proa, dejando á Murat que se las hubiese con los elementos desencadenados. La noche se iba acercando, el viento mugia con estrépito, la barca hacia agua y zozobraba á cada golpe de ola, cuando otra vela se dejó ver sobre las aguas á la luz de crepúsculo, bogando hácia Córcega, siguiendo la misma direccion que Murat, y pronta ya á alcanzar su barca y aun á tomarle la delantera.

Era aquel el buque-correo de Tolon á Córcega al mando del capitan Michaello Bonelli, de Bastia, que conducia correspondencia y pasajeros á aquella isla. A las señas de avería que se le hicieron y á los gritos y ademanes de Murat y sus compañeros, el generoso capitan, aunque amenazado él mismo por el temporal, no vaciló en recoger sus velas y en aguardar á la barca. El aparentó ignorar quienes fuesen los pasajeros que á consecuencia de la avería recibia en su embarcacion, pero el capitan de fragata Olessa, que se habia embarcado en Tolon en el buque-correo, habia recibido, antes de partir, la confidencia de la partida del rey. Bien presumia aquel marino que el viento ni la mar no eran capaces de intimidar á aquel valiente príncipe, y que le encontraria en la travesía luchando con las olas; por esta razon habia insinuado secretamente al capitan del buque, Michaello Bonelli, que no perdiese de vista el horizonte á fin de